

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 291

Barcelona, 19 de Noviembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

**Mi mensaje ha de ser únicamente de**

gratitud. La ofrendo, en nombre de España, a todos los generales, jefes, oficiales, clases y soldados del Ejército del Centro, defensores de Madrid, héroes de la libertad. Salud.

## Una alocución del Presidente de la República al Ejército del Centro

Valencia, 15, 2 tarde. — Con motivo de su visita a los frentes del Centro, el Presidente de la República ha dirigido al Ejército del Centro la siguiente alocución:

«Soldados del Ejército del Centro: Los tres días de convivencia con vosotros me han producido satisfacción muy profunda. Mi espíritu se ha recreado con el espectáculo tonificador de vuestra disciplina, de vuestro entusiasmo y de vuestra abnegación. Al veros en trincheras y parapetos, y marcialmente alineados en revistas y desfiles, evocé aquellas jornadas de 1936, cuando el pueblo, al saberse traicionado, acudió en tropel a los parques pidiendo armas, con las cuales defender su libertad; cuando, sin orden ni concierto,

que no podía improvisarse, marchaba hacia la Sierra, decidido a contener a los insurrectos, que pretendían adueñarse de Madrid, la prenda por ellos más codiciada. ¡Qué maravillosa transformación! Las Milicias de entonces, desorganizadas y desconocedoras de las más elementales reglas militares, son los soldados de ahora. Estos que, formando brigadas y batallones, magníficamente instruidos, han podido ver mis ojos. No sé qué admirar más en cuanto acabo de contemplar: si una transformación que resulta inconcebible o la subsistencia del espíritu que hace dieciséis meses os lanzó a la lucha. El dolor de la lucha, lejos de agotar vuestra energía moral, la acrecienta. En los hospitales de sangre recogí de los heridos el ansia de pronta cu-

ración, no por anhelar un reposo hogareño, sino por el vivísimo deseo de volver en seguida al combate.

Sólo el pueblo español tiene las enormes reservas que son necesarias para esfuerzos tan singulares como los que viene realizando. Junto a vosotros, mi orgullo al representar a España. La emoción me ha desgarrado en lágrimas. En estas breves palabras de despedida, sobra cuanto pudiera servir de aliento; sois vosotros los que me alentáis. Mi mensaje ha de ser únicamente gratitud. La ofrendo, en nombre de España, a todos los generales, jefes, oficiales, clases y soldados del Ejército del Centro, defensores de Madrid, héroes de la Libertad. Salud. Valencia, 14 de noviembre de 1937.—El Presidente de la República, Manuel AZAÑA.»

## EL HIJO DE SU PADRE

(Los sentimientos humanitarios de Bruno Mussolini)

Los periódicos han anunciado que Bruno Mussolini, hijo del Duce, está actualmente en España al servicio de Franco y forma parte de una escuadrilla de bombardeo.

Bruno Mussolini había practicado ya el bombardeo aéreo en Abisinia. Ha contado sus impresiones en un libro titulado «Voli sulle Ambe», del que traducimos los siguientes párrafos:

«Los resultados que obtengo son mediocres, quizá porque yo esperaba enormes explosiones, como las que se ven en las películas americanas, pues las pequeñas chozas abisinias, que están hechas de mimbre y ramas de sauce, dan poca satisfacción a quien las bombardea.» (Página 28).

«Las pequeñas bombas incendiarias, me satisfacen; con ellas, al menos, se ve fuego y humo. Hemos incendiado minuciosamente toda la zona. Pero ya no quedan habitantes.» (Página 39).

«Yo nunca había visto un gran incendio, aunque, a menudo, seguí los camiones de los bomberos. Tal vez porque alguien había oído hablar de esta laguna en mi educación. Fue por lo que un aparato de la 17 escuadrilla recibió la orden de bombardear la zona de Adi-Abo exclusivamente con bombas incendiarias. Teníamos que incendiar las colinas cubiertas de árboles, los campos y las aldeas. Todo era muy divertido... En cuanto las bombas tocaban suelo, estallaban en humo blanco, y una gigantesca llama se elevaba mientras la hierba seca comenzaba a arder. Yo pensaba en los animales. ¡Cómo corrían, Dios mío!... Cuando los chassiss portabombas estuvieron

vacíos, comencé a lanzar bombas de mano... Era entretendidísimo: una gran «zariba» rodeada de grandes árboles no fue fácil de alcanzar. Tuve que afinar la puntería y no pude lograrlo hasta la tercera vez. Los valerudinarios que se hallaban allí, salieron corriendo cuando vieron que sus tejados se quemaban, y huyeron como locos.» (Página 77).

«En el centro de un círculo de llamas, 4 ó 5.000 abisinios perecieron por asfixia. Parecía el infierno; el humo se elevaba a una altura increíble y las llamas enrojecían la tarde.» (Página 92).

No haremos ningún comentario a estas citas. Sólo diremos que la lectura del libro de Bruno Mussolini ha sido recomendada a todas las escuelas de Italia.

(«La Lumière», 12-XI-37.)

## Otros 100 extranjeros expulsados de Francia

Como consecuencia de los atentados terroristas cometidos en Francia desde hace algunos meses, la Seguridad nacional se encargó de realizar una investigación sobre la actividad y los medios de subsistencia de gran número de extranjeros, la mayoría españoles residentes en la región sudoeste de Francia.

Las pesquisas policíacas dieron por resultado la expulsión, hace unos días, de 80 de esos extranjeros, los cuales, según se averiguó, estaban a sueldo de un tal Vidal, expulsado también, y agente del capitán Ibáñez, jefe de los servicios de espionaje de Irún.

La investigación realizada por la Seguridad nacional acaba de dar por resultado la expulsión de 100 extranjeros más, indeseables, entre los cuales figuran muchos españoles, entre ellos el marqués de Caviedes, Edmundo Correa, Codulo, Domingo Ruiz del Portal, etc.

(«Journal des Débats», 7-XI-37.)

## La defensa de Madrid

Hace un año...

El 7 de noviembre del año pasado el Gobierno republicano de Madrid tomó la decisión, dolorosa, pero necesaria, de abandonar la capital y de trasladarse a Valencia.

El hecho fue universalmente interpretado como señal de la inminente rendición de la capital. En realidad, la situación aparecía trágica. La vanguardia fascista había ocupado Getafe, y de ahí se esparcía por Carabanchel. El puente de los Franceses estaba en poder del enemigo. Los disparos de fusilería se escuchaban en la Puerta del Sol. La aviación fascista italiana volaba tres, cuatro veces al día, sobre los suburbios y sobre el centro de Madrid, asesinando a la población civil e intentando, así, desmoralizar a los combatientes. Las milicias continuaban batiéndose heroicamente,

pero, privadas de experiencia militar, faltas de armas, sin conexión, parecían predestinadas a la derrota. Entonces se podían aplicar las palabras de un combatiente parisiense del 48, referidas por Víctor Hugo en su «Historia de un crimen»: «La barricada se defendía mal, pero los hombres morían muy bien...»

Franco daba cita a los periodistas fascistas en el «Ministerio de la Gobernación» para la noche del 7 de noviembre. La prensa reaccionaria internacional deliraba de alegría. Calculaba con sádica satisfacción las últimas posibilidades de la improvisada resistencia popular: la falta de armas y de municiones, agravada por la caída de Toledo, en donde estaba el arsenal más completo y la fábrica de armas mejor acondicionada para la producción; el cansancio y la desorganización de las milicias; y el supuesto desaliento del pueblo, del cual se decía que le quedaba como único recurso la indignación.

Y la indignación, en efecto, existía y sublevaba a Madrid contra el fascismo. Todos los hombres válidos corrían a las trincheras, quien con un fusil, quien con una pala y un pico, para cavar trincheras. El Gobierno, al partir, dió al general Miaja la orden de resistir hasta derramar la última gota de sangre. La orden fue cumplida al pie de la letra. En los edificios de la Ciudad Universitaria, en la casa Velázquez, en la Casa de Campo, la parte mejor del pueblo caía en su sitio de combate. La consigna del general Miaja «no pasarán», se convertía para to-

dos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, en un mandato.

En el momento más duro de la guerra civil, la población madrileña encontró en la primera y en la segunda Brigada internacionales una valiosa ayuda.

La reacción fascista no había tenido en cuenta la invencible fuerza moral de un pueblo que defiende su libertad, ni el milagro que es capaz de conseguir la solidaridad internacional.

Desde entonces el ejército fascista no ha dado un paso adelante en el frente de Madrid y del Centro. Las grandes ofensivas de Guadalajara y el Jarama han sido cortadas por el joven ejército republicano. En una amplia medida, Madrid se ha convertido en la tumba del fascismo.

Y lo llegará a ser definitivamente si las democracias europeas, que se han atado las manos con la política unilateral de no-intervención, no abandonan a España frente a la coalición de los fascismos internacionales, que han transformado la guerra civil en guerra de invasión.

Cuanto mayor es el peligro más intensa debiera ser la acción solidaria para imponer a Europa una política que sea digna de los enormes sacrificios del pueblo español y que, salvaguardando en España el derecho, salvaguarde en Europa la paz.

PIETRO NENNI

(«La Voce degli Italiani», 6-XI-37.)

**Este BOLETIN se reparte gratuitamente**



Porque el cabecilla Franco dijo días pasados que la paz era poco menos que inminente, dando a entender que estaba cercana la victoria de su traición, los no convencidos aún de que la paz sólo puede ser republicana, es decir, que irradie a todos los españoles pero como consecuencia del reconocimiento por todos los ciudadanos del Gobierno legítimo, se abandonaron a la ilusión de que iba a repetirse algo parecido al abrazo de Vergara, sin tener en cuenta que ahora la voluntad popular exige la sumisión de los traidores y la evacuación de los invasores.

Sin duda, para mantener el engaño en que viven los combatientes españoles del campo faccioso, a la declaración del cabecilla invertido se le ha dado gran publicidad y las radios del territorio esclavizado la han repetido hasta la saciedad para que llegara a conocimiento de los soldados del frente y de los que viven en la retaguardia dominados por el terror. En algunos sectores del frente de Aragón han intentado, sin éxito, los facciosos, debilitar la combatividad de las fuerzas republicanas, gritándoles: «¡No nos matemos inútilmente porque la guerra se acaba!» A nuestros soldados, mientras los facciosos no abandonen las armas y se rindan, no les desarmen ni la ingenuidad ni la malicia que pueda haber en las palabras del enemigo. Siguen ojo avizor sus movimientos y cuando el mando dispone la ocupación de posiciones se lanzan resueltamente a su conquista. Han sido pues baldías las maniobras que de unos días a esta parte se están realizando lo mismo en el extranjero que en España. No hay otra paz posible que la que imponga el Ejército de la República. Acaba de declararlo terminantemente el jefe del Gobierno saliendo al paso de las habladurías, de la patrañas y de las habilidades: no hay otra paz posible que la que implique «la sumisión, sin condiciones, de los rebeldes a las autoridades legítimas de la República».

A los diecisiete meses de guerra, el Comité de no

## La réplica del Jefe del Gobierno a las patrañas de los facciosos

intervención, después de haber asentido con su pasividad a que se cometieran enormes y bárbaros desmanes, no los desgraciadamente clásicos en España de las guerras civiles, sino los perpetrados por Italia y Alemania vulnerando no ya sólo pactos concertados sino principios que se habían avenido a respetar después de la terrible contienda de 1914 a 1918, se preocupan ahora de que se llegue lo más rápidamente posible a la paz. La U. R. S. S., que no se presta a hacer el juego de los países agresores con intransigencias que sirvieran de pretextos para justificar nuevos horrores en el territorio español, se ha avenido a que sea evacuado el 70 por 100 de los combatientes extranjeros, incluyendo, naturalmente, entre éstos a los moros. España, cargándose de razón, no creará dificultades para que esta evacuación se haga efectiva, pero exigiendo que se lleve a cabo con toda escrupulosidad, sin trucos que permitan conceder hospitalidad en Portugal a los generales, jefes, oficiales y soldados del Ejército italiano, a los «técnicos» alemanes y a los miembros de las cábilas del Rif, para facilitarles nuevamente la entrada en España.

Pero a los no intervencionistas que han tolerado cobardemente que la no intervención fuera vulnerada no les basta una evacuación relativa. Pretenden imponer a España un control que envuelve hipócritamente el establecimiento de un régimen de capitulaciones incompatible con la independencia y con la dignidad de

nuestra patria. Y, naturalmente, esta condición o exigencia es del todo inaceptable. Porque no es posible que persista la farsa de los ministros de Negocios Extranjeros que se hacen los no enterados y equiparan los 150.000 extranjeros—moros, italianos y alemanes—del campo faccioso con el contingente de verdaderos voluntarios no españoles, que no exceden de los 15.000 defensores de la causa de la República. El problema de los combatientes extranjeros lo han creado Italia y Alemania con el envío de sus fuerzas del Ejército regular y los facciosos al recabar el concurso del «infantería marroquí», no el Gobierno de la República que desde el primer momento se ha mostrado dispuesto a desprenderse del concurso de los voluntarios no españoles después de rendirles el testimonio de su agradecimiento y de su admiración.

Tampoco podemos avenirnos, sin nuestra protesta, que se conceda la beligerancia a unos militares que sublevaron contra un Gobierno legítimo. ¿Acaso aceptarían que se concediera a unos generales que en la glatterra se hubieran sublevado contra el Gobierno conservador, hijo de una consulta electoral, o en Francia se hubieran opuesto a que fuera sancionado el triunfo del Frente Popular, dando el Gobierno a los radicales socialistas, a los socialistas y a los comunistas, si éstos hubieran aceptado formar parte del Gabinete presidido por Blum primero y ahora por Chautemps?

Para librar a España de la persistencia de una tragedia determinada por la traición de unos militares y por el bárbaro ataque de dos naciones, todos hemos de desear que la paz se haga efectiva lo antes posible. Pero, como ha dicho el jefe del Gobierno, interpretando el deseo de todos los españoles dignos, no cabe otra paz que la republicana, la que sea hija de «la sumisión sin condiciones de los rebeldes, a las autoridades legítimas de la República».

(«El Diario Gráfico». Barcelona, 18-XI-1937)

## Los que no tomaron café en Madrid

El mes de noviembre último los rebeldes emprendieron un violento ataque contra Madrid. En resonantes comunicados, el Estado Mayor franquista anunció la caída inminente de la capital. La prensa reaccionaria francesa se hizo eco de esos partes oficiales. He aquí algunos extractos.

El «Temps» es, según se cree, un periódico serio. A nosotros no nos lo parece. Pruebas cantan. Porque Franco dijo el 25 de octubre de 1936: «El Ejército nacional verá abrirse bien pronto las puertas de Madrid», el «Temps» juzgó oportuno entonar, cuatro días después,

el canto de la victoria fascista: «¡Se tomará Madrid a principios de la próxima semana!»

El 8 de noviembre se da rienda suelta al entusiasmo: «¡Esta tarde iremos a tomar café a Madrid!»

### Los buenos profetas

He aquí otros ejemplos de imparcialidad.

El 20 de octubre de 1936, el general Mola exclama: «Afirmo que dentro de pocos días entraremos en Madrid.»

Argumento decisivo para «Le Jour», que declara el 22: «La caída de Madrid es ya inevitable.»

«L'Echo de Paris» insiste sobre la magnanimidad de Franco.

Título del 7 de noviembre 1936: «¡¡¡Franco a las puertas de Madrid, le da un último plazo para rendirse!!!»

«Paris-Midi» se regocijaba con pronósticos precisos: «El Estado Mayor de Franco cree que será «MANANA» (!!) la ocupación efectiva y completa de la capital (9 de noviembre).»

Por último, los anhelantes lectores de «Le Jour» supieron el 11 de noviembre, que «la toma de la capital no era ya más que cuestión de horas».

¡Buenos profetas! Para su dolor, Madrid no ha caído, ni caerá.

### Una simple cuestión de uniforme

Hace algún tiempo, dos periodistas, uno de los cuales pertenecía a

la Agencia Havas, fueron a Mallorca. La isla, decía todo el mundo, estaba ocupada por los italianos. Ellos no vieron más que españoles. El señor Forrest, corresponsal del «New Chronicle» en Menorca, nos da hoy la clave del enigma:

«¿Cuántos italianos hay en Mallorca?», preguntó el señor Forrest. Se le contestó: «¿Cómo vamos a saberlo, si todos ellos llevan uniforme español?»

(«L'Humanité», 6-XI-1937.)

## SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN.

## El mariscal Balbo llega a Mallorca

«Le Figaro» del 8 de los corrientes publica un telegrama fechado en Londres, según el cual, un redactor del «Sunday Chronicle», que ha pasado una temporada en Mallorca, ha manifestado que en aquella isla se observa actualmente una actividad intensa.

Aunque las operaciones, dice el periodista, están dirigidas nominalmente por los jefes nacionalistas españoles: almirante Moreno, general Aníbal y coronel Franco, hermanos del general, quienes las dirigen de hecho son oficiales italianos.

Puedo decir, agrega, que Bruno Mussolini, hijo del Duce, está ahora en Mallorca, a donde ha llegado el mariscal Balbo, gobernador general de Libia, con una misión secreta.

## Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

### La publicidad de los debates ante el Tribunal especial

En principio, los debates ante el Tribunal especial son públicos. El fascismo, a pesar de su jactancia, no podía dejar, para cubrir las apariencias, de rendir homenaje a uno de los postulados más fundamentales del procedimiento democrático tan a menudo rechazados por él. Pero ahí terminan sus concesiones a la doctrina satánica de los derechos del hombre.

Si el legislador fascista no osó renegar de la regla de la publicidad, se guardó bien de dar la menor garantía para su ejecución.

En realidad, cuando los debates son efectivamente públicos — lo que no ocurre siempre, ¡y muy lejos de ello! —, sólo es el público fascista el que tiene acceso a la sala de audiencias. Quien desee asistir al espectáculo debe estar provisto de una autorización presidencial, y ésta no se concede más que ante presentación de referencias irrefutables.

He aquí, según el «Manchester Guardian» del 22 de julio de 1928, que cita a «Giustizia e Libertà», cuáles fueron las impresiones que obtuvo, hace cerca de diez años, un observador extranjero, de su primer contacto con el medio en que se manifiesta, en los días de gala, la actividad de la muy alta magistratura del régimen:

El público está constituido exclusivamente por miembros conocidos del partido, perfectamente reconocibles por sus insignias, y por algunas raras personas provistas de tarjetas especiales firmadas por el Tribunal. Sólo por excepción se ve a alguien en el espacio reservado al público, y de ordinario la larga mesa que, por mera fórmula, está reservada a la prensa se ve desierta. Cuando en los bancos de los acusados figuran antiguos diputados o personalidades conocidas de la oposición, toda la prensa fascista está ausente y la reseña del juicio, que al día siguiente aparece en los periódicos, está redactada enteramente por la agencia gubernamental (Stefani).

Eso ocurre, cuando los debates son públicos. Pero el presidente, a requerimiento del ministerio público, puede ordenar en todo momento que el juicio se desarrolle a puertas cerradas (art. 444 del código penal militar). Es el procedimiento que más conviene al tribunal y que adopta en toda ocasión, bajo cualquier pretexto.

Siglos y más siglos de prisión fueron así distribuidos, a cubierto de toda mirada indiscreta y fuera del alcance de cualquier oído demasiado curioso.

Durante la guerra de Abisinia, las sesiones del Tribunal especial estuvieron siempre rodeadas del misterio más impenetrable. En aquella sazón, no se limitaron a perfeccionar el procedimiento — tan precioso para el régimen — que consiste en colmar sabiamente al público, por medio de la prensa, de mentiras oficiales, sino que se llevó la precaución hasta a suprimir toda reseña de los debates, prohibiendo hasta a los periódicos publicar la noticia de las sentencias dictadas por el Tribunal.

En estas condiciones se puede imaginar lo que será el debate ante semejante magistratura.

El interrogatorio se reduce a la forma más esquemática. Treinta minutos bastan para terminar con nueve acusados. La arenga de la defensa se hace con arreglo

a un patrón igual para todos los casos y termina con un llamamiento a la clemencia de los jueces. En cuanto a los testigos, no ofrecen interés más que si son solicitados por el Tribunal. Los que presenta la defensa no significan nada. Ordinariamente, el presidente decide que es inútil escucharlos. (Véase «La Libre Belgique», diario católico de Bruselas, del 17 de septiembre de 1935.)

### Los crímenes reservados a la competencia del Tribunal especial. - La persecución de las libertades.

Gran número de títulos de imputación sobre los cuales se fundan las persecuciones ante el Tribunal especial, y con respecto a los cuales la competencia de éste es exclusiva, parecen monstruosos, inconcebibles a la luz de los principios que constituyen la base de toda regla de vida colectiva en los países civilizados.

Según la ley de 25 de noviembre de 1926, se consideran delitos incursos en penas que llegan hasta diez años de reclusión y que implican la prohibición perpetua de ejercer toda función pública, los actos que hasta la víspera eran considerados por el legislador como absolutamente lícitos y hasta meritorios, tales como la adhesión a una doctrina que reivindica para sus adeptos la plena independencia espiritual en materia de investigaciones científicas o filosóficas, la disensión o la crítica de los programas, las directivas, las actitudes establecidas, o la participación en iniciativas que tengan por objeto desarrollar toda forma libre de colaboración internacional. Por otra parte, se prevén sanciones extremadamente graves, para hechos no considerados delictivos, mediante el empleo de cualquier procedimiento de apreciación objetiva. A este fin, la ley recurre a fórmulas de una flexibilidad satánica para caracterizar pretendidamente el delito hipotético.

(Continuará)



# LA MUERTE DE MOLA Y EL MONTE DE LA BRÚJULA

Había conocido yo a Mola en el año 1935, a los pocos días de tomar posesión de mi cargo en Burgos.

Nombrado entonces él jefe militar de Navarra, veía frecuentemente a Burgos, al propio hotel donde yo me hospedaba, para entrevistarse con el general González Lara. Este general, que accidentalmente ocupaba la Capitanía general de Burgos, se trasladaba también frecuentemente a Pamplona, a visitar a aquél.

Aquellos cabildos de dos generales con mando, tan poco adictos a la República, debieron preocupar al Gobierno, pero no en grado excesivo, por cuanto se limitó a designar dos policías que acompañaran a Mola continuamente, más por cuidar de él que por saber sus andanzas.

Los generales Mola y González Lara, con otros militares que no conocía, se reunían a comer allí periódicamente.

No me extrañaba aquello grandemente, aun conociendo, pues no se recataban en absoluto, sus tendencias monárquicas; en aquella misma temporada había coincidido en el expreso de Barcelona con el general Goded, cuyo hijo, abogado de Madrid, era conocido mío y compañero, y en el curso de la conversación oí expresarse al general en términos abiertamente hostiles al Frente Popular y a la Generalidad de Cataluña.

Goded se dirigía a Baleares, no en plan turístico o de alejamiento, como hubieran podido dar a entender sus manifestaciones, sino para hacerse cargo del mando supremo militar en zona tan importante internacionalmente como son las islas Baleares.

Aquel hombre nos auguraba a los jóvenes—su hijo y yo—gravísimos sucesos y disgustos por haber permitido el desarrollo en España de las ideas imperantes.

«Franco y yo—recuerdo que nos dijo—hemos ido a quien debíamos a su tiempo, para decirle: «Aquí estamos nosotros, y con nosotros todo el ejército, para salvar a España; dentro de la República queremos salvar al país», ¿y sabéis cuál ha sido la contestación? Mandar a Franco a Canarias y a mi a Palma, a jugar al bridge con los ingleses.»

Creía el general que el gobierno obraba mal enviándole allí, y, ciertamente, era y sigo siendo de su opinión.

Aquel militar que por no asistir a las fiestas de la proclamación de Companys hacía viaje directo a Baleares, sin descanso, iba a tener mando directo de fuerzas, y poco tiempo después convertirse en uno de los dirigentes de la rebelión, precisamente en Barcelona.

Pero dejando aparte esta cuestión y volviendo a las entrevistas de Mola con los militares monárquicos de Burgos, creo no equivocarme si afirmo que en ellas se fraguó o al menos debió iniciarse el movimiento militar, hoy derivado por cauces distintos.

—¿Cuándo entramos en Bilbao?

Esta pregunta se repetía incesantemente en los días de mayo por toda la zona nacionalista.

Mola, el caudillo del Norte, llevaba personalmente las operaciones, y en aquellos días primaverales apretaba el cerco a la resistencia vasca.

Por décima vez había lanzado un ultimátum a la villa bilbaína, pero esta amenaza envolvía un apercibimiento más serio.

«Si no os rendís—decían las hojillas arrojadas por aviones—, tengo medios y elementos sobrados para destruir y asolar vuestra tierra.»

En verdad que no les engañaba; Durango, Guernica y otros pueblos en llamas y ruinas pudieron atestiguarlo prontamente.

La caída de Bilbao era inminente; yo oía hablar de la seria resistencia de los «gudaris», del cinturón defensivo de la ciudad, pero comprendía la inutilidad de todo aquello. Diariamente veíamos en Burgos llegar material y tropas regulares italianas y largos convoyes motorizados de aquel ejército; en el aeródromo de Gamonal y en el de Vitoria, centenares de trimotores y cazas alemanes se elevaban o esperaban la orden de ataque, y aquel aparato bélico, conjunto descaradamente intervencionista de dos potencias militares superiores, sabía que acabarían con la valiente pero aislada defensa vasca.

Los aviadores alemanes, reservados y serios, nada nos comunicaban de las operaciones, pero los pocos aviadores españoles, que de vez en cuando se inmiscuían en aquella guerra, eran más explícitos, y nos exteriorizaban sus opiniones admirativas:

—¡Chico! ¡Es enorme!—nos decían a los profanos—. ¡Qué material! ¡Y qué grandes son estos tipos! En dos horas, nada más, salen todos juntitos, sueltan los pildorazos donde les conviene, y a casa, sin perder la formación. ¡Y que no se pierda ni uno!

—¡Claro!—le contestaba un compañero—. Ellos no tienen aviación. ¿Crees tú que a pedradas o a gorrazos van a derribar un aparato?...

—Mañana—decía un teniente de aviación andaluz—debe prepararse algo gordo, porque estaban hoy revueltos en Gamonal estos fulanos. Como haya jaleo en grande, voy a ver si me dejan ir en algún aparato con ellos.

—¡Ah! Pues si hay algo, yo sí que iré—decía un alférez de complemento de aviación—, porque el jefe alemán de la sección de Gamonal está conmigo en el hotel, y me lleva. El otro día en Durango fué cosa seria. Tuvimos que elevarnos a tres mil, porque no podíamos respirar de la humareda y del calor.

Con tales datos y antecedentes, todos esperábamos de un momento a otro la caída de Bilbao, por el sistema aquel de la «torrefacción aérea».

Se hablaba ya de un gobierno Mola, que se constituiría al ser conquistada la plaza, gobierno de gente de orden y políticos derechistas, que sería una garantía y contención del fascismo dominante.

Y de improviso llegó la noticia fatal. ¡Había muerto Mola!

En un accidente de aviación, cuando se trasladaba de Vitoria a Burgos y a la altura del monte de la Brújula, el aparato se estrelló, pereciendo el general, los ayudantes y el piloto.

A la media hora de serme comunicada la noticia, una ambulancia militar escoltada de coches oficiales, pasaba a toda velocidad junto a nosotros y se detenía en el hospital militar. Llevaba los restos de Mola.

El cadáver destrozado, materialmente deshecho, fué recompuesto por los médicos trabajosamente.

Según me informó uno de ellos, era tan grande la desfiguración y se hallaba tan deshecho el cuerpo, que no podría ser visto por nadie; era un montón informe de miembros, una piltrafa sangrante...

A las doce de la noche, por el puente del Arco, desierto, vi pasar el furgón mortuario; llevaban el cadáver a la Capitanía general, donde permanecería hasta su traslado a Pamplona.

En el siguiente día, todo Burgos desfiló por la sala grande de Capitanía, donde, encerrado en un ataúd hermético, custodiado por fuerzas del Requeté, se expuso a la muchedumbre.

En el propio salón se celebró una misa, y a las doce de la mañana se verificó su traslado por carretera a Pamplona.

En aquel salón grande de la Capitanía donde unos meses antes recibió Mola a las autoridades locales burgalesas, éstas, que se plegaron dóciles a rendirle vasallaje, le tributaron ahora el último acatamiento.

De pie ante el féretro, ausente mi espíritu de cuan-

to me rodeaba, una sola frase, como obsesión torturante, resonaba tercamente en mis oídos:

*Ha muerto en el Monte de la Brújula. ¡En el Monte de la Brújula!*

Cuando la represión alcanzaba su período más álgido y en cada familia proletaria y de la clase media las noches se deslizaban en trombas de angustia; cuando los campos y caminos se manchaban de cadáveres, alguien desde la altura de su mando dictó la orden: —¡No más espectáculos macabros! Hágase justicia, pero con habilidad y sin dañar con esas exhibiciones odiosas el movimiento glorioso nacional.

Cesaron los amaneceres lívidos y las descubiertas trágicas. Los caminos y campos recobraron su aspecto normal y los hallazgos de cadáveres, dejaron de esmaltar los folios sumariales.

Pero el miedo seguía preñando los hogares; cada noche, cada madrugada, traía nuevos lutos y congojas a los corazones oprimidos.

Los campos y caminos, las carreteras y los ríos no se manchaban ya de cadáveres, pero en cada ciudad, en cada pueblo y en cada aldea, un sitio acotado, retirado, recibía la macabra herencia.

Y así surgieron en las pequeñas aldehuelas, montón de casuchas miserables, un hoyo grande como el del Hondón en Rodillo, y en cada pueblo un terreno o campo como el del Llano de Estépar, y en cada ciudad un lugar vasto y lejano, como el monte de la Brújula en Burgos...

¡La Brújula! El punto más alto de la carretera de Vitoria, altozano insignificante, loma que al páramo inmenso semeja monte, recibió en su seno la carga trágica que, noche a noche, la pasión y el odio depositaban.

Cuántas veces, al pasar por la carretera, junto a él, he cerrado los ojos instintivamente; ¡creía que los centenares de cuerpos allí enterrados se levantaban a mi paso para expresar su queja!... Mis ojos se abrían ansiosamente y oteaban algo desconocido sobre la tierra removida en hoyos y zanjas imperceptibles...

¡Monte de la Brújula! En sus linderos, en sus inmediaciones—pobladas de visiones sangrientas, resenadas de dolor de humanidad—fué a estrellarse una mañana de mayo, brumosa y fría, un avión alemán, semejante a tantos otros que llenan de luto a España, y en él encontró la muerte el general en jefe de los ejércitos del Norte, el caudillo primero de la rebelión.

## La noche del 17 de Julio de 1936

La muerte de Calvo Sotelo me sorprendió en Madrid alejado accidentalmente de mi cargo.

De regreso en Burgos, pude apreciar el hondo efecto que este suceso había causado en aquella gente. Con cara afectada y compungida, muchas personas, que posiblemente desconocían hasta la orientación política del «leader monárquico», comentaban:

—¿Ha visto usted? ¡Esto es horrible! ¿Hasta cuándo vamos a sufrir esto?

Otros, más excitados, preguntaban sobre la actitud del Ejército ante todo aquello. Los militares, cuando eran consultados, se encogían de hombros y reían enigmáticamente.

—Ya llegará; todo ha de llegar...—decían algunos bien enterados.

El ambiente iba enrareciéndose de día en día. Varios sucesos anteriores habían soliviantado los ánimos. Un oficial del Ejército, en la barriada militar, al paso de una manifestación, como creyera oír frases despectivas para su clase, maltrató con su fusta a dos obreros. Instruímos en el Juzgado el oportuno sumario por aquellas lesiones, y mientras tanto, el oficial, por orden superior, fué arrestado en su domicilio; toda la oficialidad se solidarizó con él, y en unos cuantos días, la barriada militar se convirtió en un centro de resistencia e insubordinación tolerado por los superiores.

A tanto llegó la excitación que el Gobierno de Madrid, enterado, envió a Burgos al general Caminero, inspector del Ejército, republicano adicto, que se entrevistó con los generales monárquicos de aquella guarnición y llevó a Madrid una impresión penosa. Ejercía el mando efectivo sobre aquella el general González Lara, prestigioso, pero monárquico destacado, y el Gobierno acudiendo tardíamente a corregir el daño, envió al general Batet para hacerse cargo del mando supremo en la zona.

Posteriormente actividades, directamente incitantes a la rebelión, motivaron detenciones y destituciones diver-

sas, pero la realidad era que el Ejército, sobre todo la oficialidad de aquella guarnición, estaba abiertamente frente al Gobierno del Frente Popular.

De improviso, el día 17 de julio, por la mañana, llegó la sorprendente noticia: El Ejército de Africa se había sublevado, iniciando el movimiento el Tercio al mando de Yagüe, y siguiéndole todo el contingente de Marruecos.

Los burgaleses comentaban la nueva, con gran alborozo y sin recato alguno. Un magistrado, simpático y campechano, que después ha desempeñado cargo de importancia en aquel Gobierno, fué el primero en darme la noticia:

—¡Por fin!—decía—. Por fin se ha levantado el Ejército. «Juanito» se ha puesto al frente, y si «Juanito» quiere, está en Burgos antes de dos días.

—¿Quién es Juanito?—me aventuré a preguntarle.

—¿Cómo que quién es? Juanito Yagüe, ¡hombre! Amigo íntimo mío y de Burgos además... Y creo que viene para acá con veinte mil hombres de canela.

—¿Cómo de canela?—Yo empezaba una táctica de idiotéz afectada, que había de ser después mi regla de conducta.

—¡Parece usted bobo, amigo!... ¡de canela en rama! para barrer todo esto en un ris-ras, y no dejar un canalla del Frente Popular.

Aquella venida de «Juanito» con los veinte mil de «canela» me intranquilizó sobremanera, y quise comunicar con mi familia que se hallaba en Madrid. Intento vano, porque las comunicaciones estaban cortadas y esto aumentó mi intranquilidad.

La cosa revestía, al parecer, más importancia de lo que yo creía; visité al Gobernador, un pobre hombre, caballeroso pero ingenuo y confiado en exceso, el tipo clásico del Gobernador republicano. Sus palabras calmaron algo mi inquietud:

—No tiene importancia—me dijo—. Es una locura

(Continúa en la página siguiente)



de Yagüe, pero sin contacto alguno con la Península, sin ramificaciones aquí.

—Pero aquí—le aventuré—hay una gran inquietud. La guarnición...

—Nada, no hay nada. Acaban, precisamente, de venir a ratificar su adhesión el Ayuntamiento en pleno y la Diputación. Los jefes de la Guardia civil y varios del Ejército me han visitado, cordialmente también.

Me despidió cariñosamente, acompañándome hasta la puerta. Ya no había de verle más; el desventurado pagó más tarde con la vida su confianza en determinados elementos.

Llegó la noche, y el ambiente no podía ser más inquietante; en vano la Radio de Madrid lanzaba a las ondas sus prometedoras palabras, pues la realidad, más fuerte, dejaba en el aire aquella tranquilidad fingida.

Me retiré temprano al hotel, y en el camino se cruzaron conmigo varios grupos de obreros, que en actitud pacífica se dirigían a los locales de sus organizaciones.

No pude conciliar el sueño; en prolongado desvelo, pasaban por mi memoria y eran agudizados por la imaginación excitada, los sucesos vividos aquellos días en Madrid: el entierro de Calvo Sotelo, con su exhibición fascizante; la noche aquella en que desde un automóvil se había disparado sobre la terraza donde varias familias nos hallábamos, los continuos registros nocturnos de los automóviles que en número escaso circulaban... y sobre todo aquella atmósfera de intranquilidad y de miedo, que se respiraba en Madrid, antes tan alegre y confiado.

Recordé también las palabras de un jefe del Ejército sobre próximos y decisivos acontecimientos, y por último todo el cortejo imaginativo se cerraba con aquella marcha del Tercio sobre la que solamente fantasías circulaban, pero que oficialmente estaba ya confirmada.

Rendido por la tensión nerviosa, iba a quedar postro, cuando fui llamado con urgencia. Había reunión de Autoridades en el Gobierno civil y alguien exigió también mi presencia.

Rápidamente me trasladé allí. Espectador—aunque no actor—, se desarrollaron ante mí todas aquellas históricas escenas.

En el despacho del Gobierno civil, hallábanse reunidos todos los jefes de la guarnición, con escasas ausencias, y las autoridades requeridas. El general Dávila, el teniente coronel Gavilán y el comandante Pastrana, parecían llevar la dirección de todo aquello.

En síntesis y por las palabras allí vertidas, comprendí que había estallado una rebelión o alzamiento de carácter militar, acudido por Mola, González Lara y otros generales monárquicos.

El Comité Militar, que allí actuaba, había declarado el estado de guerra mediante un bando de Mola, que asumía toda la autoridad en el territorio.

Mientras la tropa salía a la calle, y publicaba el estado de guerra, varios jefes y oficiales habían arrestado al general Batet, que se negó resueltamente a obrar contra el Gobierno republicano, al coronel jefe de la Guardia civil, único en el cuerpo que no se adhirió al movimiento, y a las restantes autoridades cuya confianza no les constaba a los promotores.

El teniente coronel Gavilán, que se había incautado del Gobierno civil, habló a los reunidos:

—Señores—dijo—, los momentos son graves y exigen actitudes claras. Espero contar con todos ustedes en este movimiento militar.

Asintieron los reunidos; el alcalde, miembro significativo del partido republicano conservador, hizo una objeción:

—Yo, señores, tengo que hacer constar que he sido, soy y seré siempre republicano.

—Aquí no se trata de eso—le atajó rápido Gavilán—, no es cuestión de Monarquía ni de República. Nosotros nos hemos levantado para echar al gobierno del Frente Popular que ha triunfado en las elecciones. Luego será tiempo de acordar sobre eso otro.

—Entonces—dijo el alcalde—, cuenten incondicionalmente conmigo.

A continuación, y mientras el ejército continuaba por las calles proclamando el bando marcial, rompiendo el silencio con sus sonos guerreros, quedó constituido allí el Comité Militar directivo. Las Autoridades adheridas continuaron ratificadas en sus puestos y las restantes detenidas y conducidas al Penal o la Prisión Provincial. Tanto en uno como en otro establecimiento penitenciario se habían presentado jefes rebeldes, incautándose de ellos, y dando suelta inmediata a todos los presos de derechas, aun a muchos que cumplían condena por delito común.

Batet, el gobernador civil, el coronel Mena, el presidente de la Diputación y tantos otros, que no quisieron secundar el movimiento rebelde, quedaron detenidos e incomunicados; al frente de cada presidio se puso un jefe del ejército adicto y de la Comisaría de Policía se hizo cargo el comandante Moliner.

Se ordenaron y practicaron infinidad de detenciones, cuyo alcance y gravedad estaba lejos de sospechar nadie, y al comenzar el día 18 de Julio, día inolvidable, todos los directivos comprometidos se trasladaron a la iglesia cercana, para oír misa y recibir más tarde la bendición episcopal.

Pensé retirarme a descansar, pero algo superior a mi fatiga me retenía deambulando por la calle.

La ciudad, en las primeras horas de la mañana, despertaba extrañada con estruendo de músicas y sonos militares. Los vecinos se preguntaban la causa de aquello, y de boca en boca corría análoga interrogación.

Pronto se difundió la noticia: había estallado un movimiento militar, triunfante en toda España, y Madrid se estaba constituyendo un Gobierno Nacional presidido por el general Sanjurjo.

Así me lo comunicó un concejal, derechista, con rostro radiante de felicidad, y que se despidió alocando de mí, gritando:

—¡Viva el Ejército!

La ciudad se engalanó rápidamente con banderas colgadas, muchas, aunque no todas, todavía, monárquicas; por las calles escuadrones de Caballería, frías en prevención, en carrousel monorrítmico e interminable recibían los tibios aplausos de los vecinos asombrados.

Llegué cerca de la Catedral, y el espectáculo que ante su puerta principal presencié, es algo que no podrá borrarse de mi memoria. Salía de ella un cortejo extraño formado por mujeres enlutadas, viejas en su mayoría, y todas portadoras de grandes escapularios y medallas atropelladamente avanzaban hacia el Arco de Santa María, llevando al frente una enorme bandera monárquica.

Las campanas de la nave central ponían su nota estruendosa y a duras penas, empujándose, pisoteándose y guiadas o mejor dicho empujadas por varios sacerdotes y caballeros enlutados, aquella masa en movimiento era una nota aquelarrasca por su negrura y tono sombrío, que contrastaba con el hiriente y deslumbrante colorido de la bandera bicolor desplegada.

Dejé paso al cortejo chillón y entusiasta, y habiendo observado junto al Arco de Santa María un grupo de conocidos personajillos regionales, me aproximé a ellos. Todos escuchaban embobados la palabra de Sainz de Arriba, el obeso ex diputado monárquico:

—¡Qué lástima!—decía compungido—, aquí, en día de hoy, para disfrutar de todo esto, debía hallarme conmigo el pobre Calvo Sotelo. El tenía designada como esta región para el día del levantamiento. Desgraciadamente, el crimen de esos canallas le ha impedido obtener hoy, aquí, el triunfo que merecía...

Y en su ceguera y fanatismo, no comprendía el consciente, que al descubrir sus propósitos y su intervención en el complot fraguado, venía a colocar la vida y velo más eficaz sobre la muerte de quien dirigía el primer acto se desarrollaba ante mi vista!

(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana.)

## Hechos y fechas

# Hitler y Mussolini no han descubierto el peligro de la Rusia soviética sino después de la aproximación franco-rusa

Hitler y Mussolini acaban de concertar una alianza con el Japon contra el bolchevismo.

¿Pero desde cuándo han descubierto los dos dictadores el peligro bolchevique?

El recuerdo de algunos hechos y de algunas fechas aportará alguna luz a este punto de la Historia.

## I.—Hitler y la U. R. S. S.

1 de febrero de 1933.—Hitler toma el Poder.

21 de marzo.—Ante el Reichstag, Hitler declara su decisión de mantener con la U. R. S. S. relaciones amistosas.

5 de mayo.—Hitler renueva el tratado germano-ruso de 1926, expirado en 1931, que ninguno de los gobiernos precedentes se había atrevido a prorrogar. Este tratado estipula que «los dos gobiernos estarán en contacto amistoso para llegar a entenderse sobre los problemas políticos y económicos que les interesan mutuamente» (Art. 1.) Garantizan la neutralidad mutua en caso de ataque por un tercero. (Art. 2.) Es valedero hasta el 5 de mayo de 1938.

Junio.—El Vicecanciller Hugenberg es destituido por haber adop-

tado una actitud hostil a los Soviets en la Conferencia de Londres.

30 de octubre.—Un comunicado oficial de Berlín declara «que las relaciones entre los dos países no podrán ser afectadas por la diferencia de sus regimenes políticos».

1934. 30 de enero.—En un gran discurso, Hitler da seguridades a Stalin sobre las intenciones de Alemania. Dispensa una acogida cordial al deseo expresado por Stalin de estabilizar la Europa occidental por medio de un sistema de pactos.

27 de marzo.—Se firma un protocolo económico-financiero entre Alemania y la U. R. S. S., que abre nuevos créditos a los soviets.

21 de junio.—Un comunicado publicado en Berlín, con motivo de un cambio de embajador, subraya que no se ha producido ninguna modificación en las relaciones amistosas entre los dos países.

## II.—Mussolini y la U. R. S. S.

1934. 1 de febrero.—Italia reconoce «de jure» a la U. R. S. S. Este reconocimiento se efectúa a los pocos días de tomada la misma decisión por Inglaterra y antes de que Francia lo hiciese.

1930. Agosto.—Firma de un acuerdo comercial italo-ruso.

25 de noviembre.—Conversaciones Grandi-Litvinov en Milán: «Ambos políticos, dice el comunicado, han tenido una larga y amistosa conversación y han cambiado impresiones sobre las cuestiones políticas y económicas que interesa a los dos países».

1931. 16 de enero.—En Ginebra, en la Comisión de Estudios en pro de la unión europea convocada por iniciativa de Briand, Grandi pide que la invitación se haga extensiva a la U. R. S. S. y a Turquía. Esta propuesta es rechazada por unanimidad menos dos votos: los de Alemania e Italia.

1933. 3 de septiembre.—Firma, en Roma, de un pacto de amistad y no agresión, de una duración de cinco años. El artículo 4 establece: «Cada uno de los dos signatarios se compromete a no participar en ninguna «entente» o combinación política y económica dirigida contra otro signatario. El pacto lleva las firmas de Mussolini y del embajador soviético Potemkin».

3 de diciembre.—Litvinov se entrevista con Mussolini en Roma y hace una visita al rey de Italia. Según los términos del comunicado oficial italiano, «el jefe del gobierno y el señor Litvinov han discutido los problemas de política internacional, y particularmente los que interesan de manera especial a los dos países. Han considerado la posibilidad de mejorar la situación política general dentro del espíritu del pacto de amistad italo-soviético».

Así, hasta 1934, Hitler y Mussolini mantuvieron con la U. R. S. S. relaciones amistosas.

## Moralidad nazi

# El «Führer de los sudetes» se ha suicidado

El famoso Henri Rutha, uno de los jefes del movimiento hitleriano en Checoslovaquia, detenido el 6 de octubre por homosexualidad, fue hallado muerto ayer por la mañana en su celda de Ceska-Lipa. Se había ahorcado atando sus tirantes a los barrotes de la ventana.

Rutha, el «Führer de los sudetes», lugarteniente de Heinlein, tenía 40 años. A pesar de su aberración sexual, el partido nazi le había nombrado oficialmente «educador de la juventud».

En su lujosa casa tenían efecto «reuniones educativas», que también se llamaban «veladas culturales», en las cuales corría el champagne.

Como algunos efebos contarán estas cosas a sus familias, los padres denunciaron los hechos.

Rutha y 14 muchachos, muy lindos, fueron sorprendidos una mañana «en flagrante delito de homosexualidad», dice el informe de la policía, y fueron encarcelados (en celdas individuales).

Desde entonces el partido de Heinlein se disgrega. El III Reich ha tentado, por medio de una campaña de prensa, prestar una ayuda moral a los «nazis» de Checoslovaquia.

(«L'Œuvre», 6-XI-37)

Pero de repente, han descubierto el peligro que constituye la Rusia soviética; han visto que es un foco de infección, un centro de perdición, un país de bacilos a partir de 1934, más concretamente, desde el instante en que Rusia, por invitación del señor Barthou en julio de 1934, se mostró dispuesta a entrar en un sistema de seguridad colectiva.

Y la Rusia soviética se convirtió en enemigo del género humano cuando el señor Laval firmó en Moscú, el 2 de mayo de 1935, el pacto franco-soviético.

(«La Lumière», 12-XI-37.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta